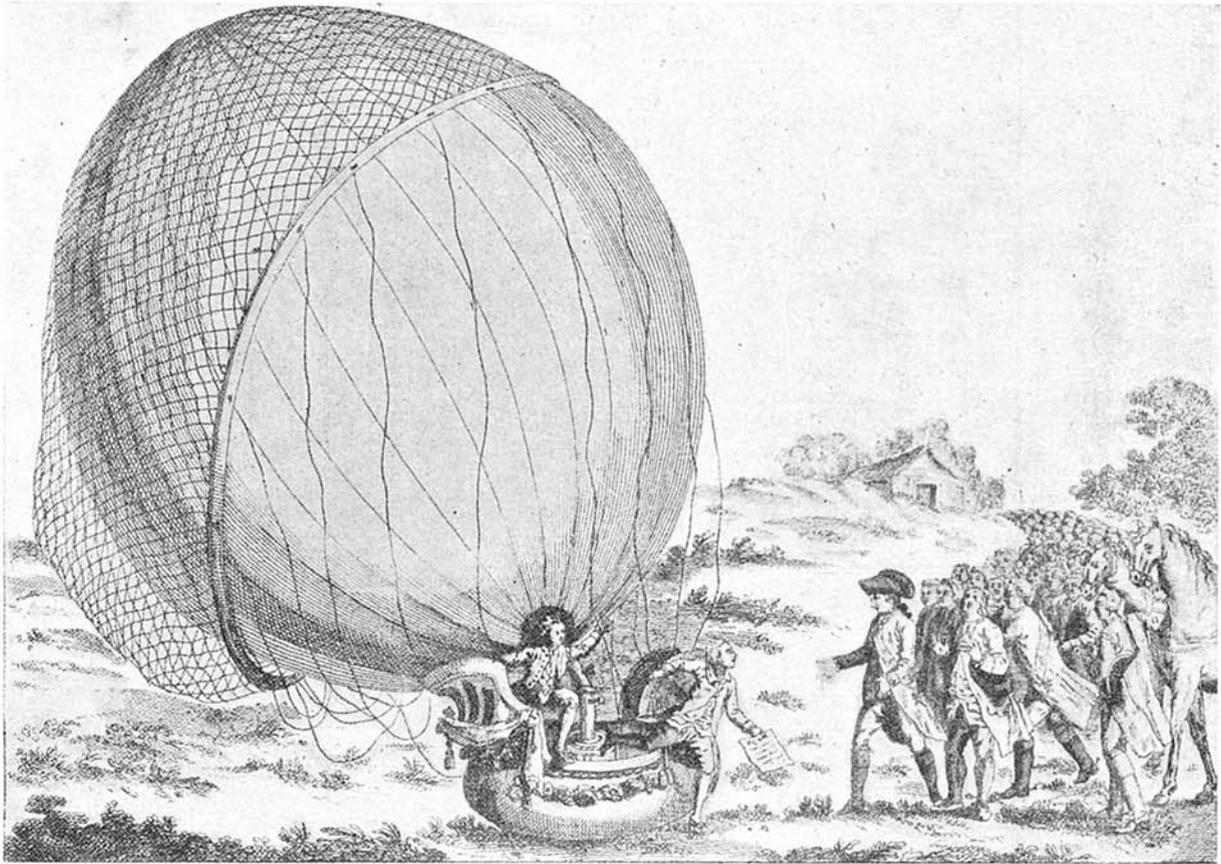


De lo vivo a lo pintado

(Número 2.)

Por el Capitán Auditor JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO



Descenso de la máquina aerostática de Charles y Robert.

(De "L'Histoire de l'Aéronautique".)

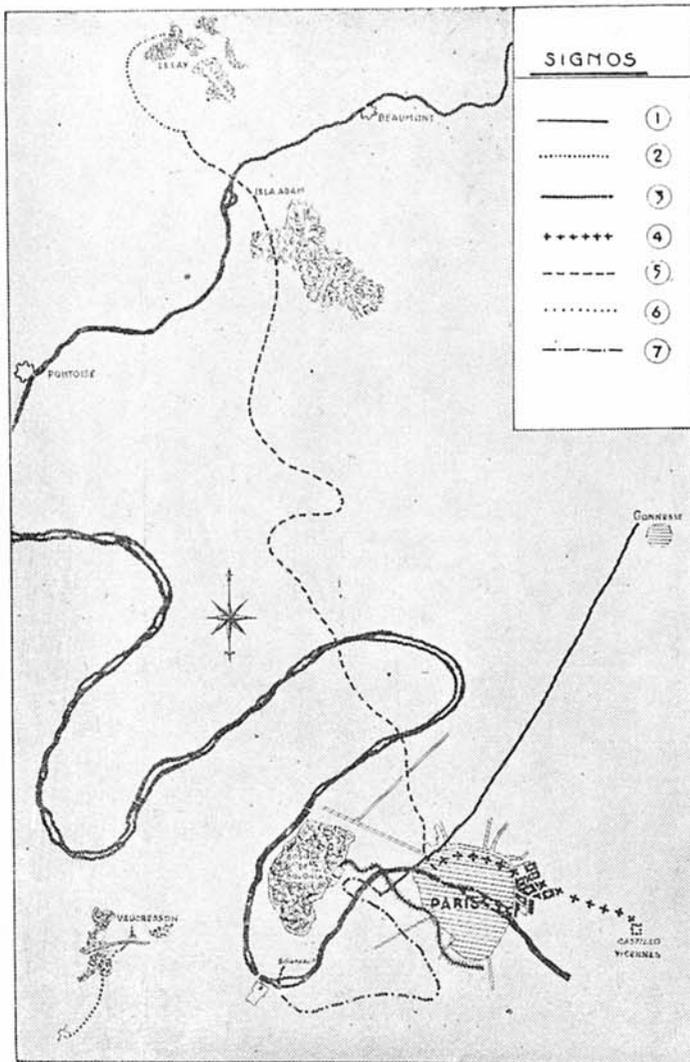
Estos fueron los primeros viajes por el aire.

(Ascensiones en la región de París en 1783.)

Estos, es decir, aquéllos de los que aquí voy a traerlos el recuerdo. Pasad la página y os los encontraréis. Sí, en el mapa que allí se inserta. No se trata, ¡por favor!, de un mapa de grandes extensiones de terreno, no; apenas si abarca algo más que el perímetro de la ciudad de París, de un París harto más reducido, por otra parte, que el de ahora. Pero ¡haceros a la época! Estamos en los comienzos de la conquista del aire. ¿En los comienzos? Mejor diría que en el momento mismo

de comenzar. Estamos, en suma, en 1783. Es el año en que el globo de los Montgolfier se ha elevado, al fin, ante las miradas absortas de los buenos vecinos de Anagnin. ¿Puede exigirse mucho a quienes ya entonces, en ese mismo año, se decidieron a la magnífica aventura de volar?

El mapa es reducido y no son demasiados los lugares que comprende, ni están extremadamente alejados. Eso es verdad. Pero ¿habéis pensado detenidamente en el caudal de de-



PRIMERAS ASCENSIONES EN LA REGIÓN DE PARÍS.

- (1) Globo de Charles y Robert (17 agosto 1783).
- (2) Mongolfiera de Versailles (19 septiembre 1783).
- (3) Primera ascensión de Pilâtre y Arlandes (21 noviembre 1783).
- (4) Globo-piloto de Charles y Robert (1 de diciembre de 1783).
- (5) Ascensión de Charles y Robert (1 diciembre 1783).
- (6) Ascensión de Charles solo (1 diciembre 1783).
- (7) Ascensión de Blanchard (2 marzo 1784).

(Croquis hecho a base de un mapa de L'Histoire de l'Aéronautique.)

cisión que aquellos hombres necesitaban poseer? ¡Por Dios!, creo que no, cuando todavía tomáis esto como mero pasatiempo o curiosidad o rareza. Y no; se trata de algo más, y de algo que, pese a lo disforme de los aparatos, pese a las pelucas y a los casaquines, merece un tono heroico que hasta ahora le habéis negado.

Porque pase que se atendiera sólo a lo curioso, si se tratare de simples experiencias. A poco de la ascensión triunfal de Anonay, Esteban Montgolfier se propuso repetir el experi-

mento. Luis XVI quiso contemplarlo, y la cosa, así, se preparó en Versailles. Y allí se elevó el nuevo artefacto, ante el Rey, la Reina y toda aquella brillante corte reunida, a pasear por el azul del cielo su inédita luna azul, bordada en oro con las cifras reales. Cosa sin riesgos, al fin y al cabo, y que bien mirado puede autorizaros, si lo gustáis, a la simple contemplación bobalicona y desapasionada, tanto más si, como en ese caso, al descender el globo en Vaucresson, saltan de él vivos el gallo, el canario y el cordero, que para averiguar si la atmósfera a tales alturas era respirable, colocara allí la previsora inquietud científica. Pase también la tal actitud pánfila y espectadora ante tal ascensión en globo cautivo, como las que en el 15 y el 19 de octubre de 1783 hace Pilâtre de Rozier, el primer hombre que se eleva en el aire, la última con el marqués de Arlandes. Pero cuando ya la ascensión no es en globo cautivo, y se deja el frágil ingenio a merced de unas fuerzas que aún no se conocen, y se abandona el hombre al azar en aras de una fe por los más aún incomprendida, ¿serían licitos tales desapasionamientos?

El 21 de noviembre de 1783, tras una postrera ascensión en globo cautivo, Pilâtre y Arlandes se elevaban del jardín de la Muette. En unos veinticinco minutos recorrieron como 10 kilómetros a más de 1.000 metros de altura. El globo, ostentadamente adornado con flores de lis, signos del zodiaco, soles, cifras del Rey y mascarones, y hasta con águilas doradas que habían de resaltar brillantemente sobre el fondo azul de la tela, iba provisto de una galería circular en la que tenían que permanecer los aeronautas, inmóviles, sin verse, hablándose por gritos, ocupados incesantemente en la peligrosa faena de alimentar el fuego con la paja que en la galería llevaban preparada. Cuando aterrizaron, la multitud, enardecida, loca de júbilo, se repartió la casaca de Pilâtre. Era el primer viaje que los hombres realizaban por el espacio aéreo, hasta entonces cerrado a su dominio.

Y entonces, a pesar de las burlas que surgieron después, se comprendió. "La idea de que un cuerpo partido de tierra viajaba por el espacio tenía algo de tan admirable y sublime, parecía tan vivamente escapar a las leyes ordinarias, que ninguno de los espectadores podía impedir su impresión de entusiasmo. La satisfacción era tan grande, que las damas, elegantemente vestidas, los ojos dirigidos hacia el globo, recibían la fuerte y abundante lluvia, ocupándose mucho más entonces de ver un hecho tan sorprendente, que de la necesidad de guarecerse de la tormenta." Pero esto no lo escribía Faujas de Saint Fond sino de la ascensión del globo con hidrógeno (gas entonces nuevo y misterioso), que Charles, con los hermanos Robert, lanzara en el campo de Marte el 27 de agosto del 83; un globo que iba solo. Calcúlese lo que suponía la audaz aventura de Pilâtre y de Arlandes. "Jamás silencio más profundo reinó sobre la tierra; la admiración, el terror y la piedad estaban presentes en todos los rostros", escribió de esta ascensión un testigo. Y eso que, al fin y al cabo, se trataba de una ascensión puramente privada, que sólo algunos habían podido presenciar. Por eso el entusiasmo, el asombro, todo el pasmo de la humanidad ante el prodigioso descubrimiento, sólo podrían revelarse cuando la ascensión, ésta pública, de Charles y Robert, el 1 de diciembre del 83.

Partieron de las Tullerías, en globo de hidrógeno, entre las dudas que a tantos asaltaban acerca del rendimiento del nuevo gas. Pero triunfaron. En el mapa puede seguirse el relativamente largo recorrido de su excursión. Tras dos horas y cinco minutos aterrizaron en Nesles, cerca de la isla Adam.

Desde allí, solo ya Charles, se elevó en el globo, y siguió por treinta y cinco minutos más, hasta la Tour du Lay. Resulta encantador el relato que el mismo Charles hizo de la ascensión; de cuando, al elevarse, puesto ya el Sol, se encontró con que los rayos del astro rey le bañaban de nuevo apenas llegado a determinada altura, pudiéndose admirar él vestido de la dorada armadura, mientras a sus pies la tierra yacía en sombra, y contemplando así ponerse al Sol dos veces en un mismo día; de cuando, durante la ascensión, conversaban desde el aire con los campesinos, pasmados, maravillados ante aquellos estentóreos "¡Vive le roi!" que les caían de lo alto; de sus impresiones de placer, felicidad, bienestar... "Si todos los siglos pasados se hubieran hallado en el momento en que tan majestuosamente se elevaba en los aires el navegante aéreo, no habrían creído a sus ojos", se comentaba luego. Y nada puede ilustrarnos más sobre la impresión que la ascensión produjo que este párrafo: "Docientos mil hombres levantando los brazos al cielo, en las actitudes de la sorpresa, de la admiración, de la alegría y del asombro; los unos llorando..., los otros cayendo de rodillas, sofocados de sorpresa, de temor..."

(*) De la ascensión del "Fraile volador", de Lisboa, que tuvo lugar antes que las aquí narradas, pero como hecho excepcional y aislado, ya hablaremos otro día.

¡Pero estos sí que fueron verdaderos viajes!

(Don Domingo González, camino de la Luna, y algunos audaces caballeros más.)



Del frontispicio de "A voyage to Casklogallinia", por Samuel Brunt (1727).

(De "L'Histoire de l'Aéronautique".)

Estos otros, lector, estos otros de que puedes darte idea por este mínimo grabado frontero a la cabecera, y por el ya más respetable que cierra el presente número de "De lo vivo a lo pintado". ¿Ignoras la leyenda? Pues juzga: El último, el que te representa a ese apacible caballero particular, muellemente sentado en un trapecio que pasean por el aire unos cuantos cisnes salvajes, es, ¡asómbrate!, un compatriota: Domingo González, que así, como quien no quiere la cosa, se nos fué, allá por el año del Señor de 1651, a la isla de Santa Elena —que puede ser esa piramidal montaña que ves a sus pies—, y de la isla de Santa Elena, como en fácil trampolín, a la Luna, no sé si pasando por la China y otros maravillosos países. Y este primer grabado que ves junto al título, ¿sabes a quién representa? Pues... Pero quizá te decepcione el saber que no se trata de un viaje a la Luna. En fin, te lo diré, aunque debía habértelo dicho antes: se trata del viaje a Caklogallinia, que en 1727 emprendió desde Jamaica otro apacible caballe-

ro particular, en esa especie de palanquín tirado por gallos, y que en la estampa original va—yo te lo garantizo—por los aires, sobre un maravilloso paisaje tropical, de arboleda frondosa y mar azul turquesa, poblado de altos, esbeltos, gallardos navíos... Mal debía de andar de información el tal caballero de Jamaica, cuando se le ocurrió emprender un tan modesto viaje, porque de haber conocido el que un siglo antes emprendiera nuestro don Domingo, ¿habría renunciado a la empresa de llegarse, cuando menos, al Sol? Pero en fin, hechos fueron y no hemos de enmendarlos nosotros. Contentémonos con envidiar al tal caballero, que, al fin y al cabo, no hizo un feo viaje, toda vez que ni aun hoy hemos llegado a saber repetirlo, pues que no hemos sido capaces de descubrir aquel país de Caklogallinia que él visitó.

¡Y éstos sí que fueron viajes! Viajes de verdad, de centenares y miles de leguas, no de unidades, y a lo más, decenas